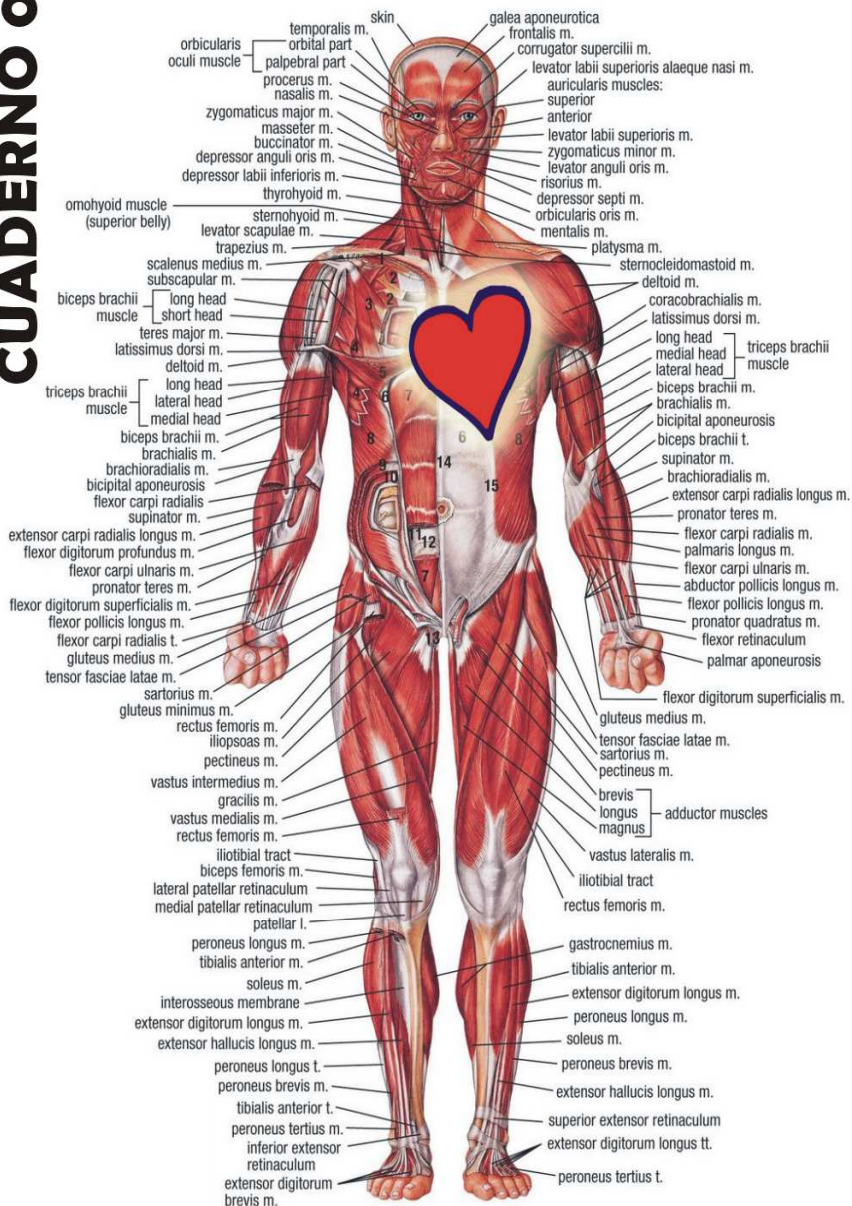




CUADERNOS DE
ES.HUMANIDADES.LITERATURA
<http://www.vecindiario.es>
<http://fw.endofinternet.org> (mirror)

Volumen 07, año 2009.
LoveTales, v.2009

Recopilación de relatos y poemas de temática amorosa publicados en el grupo de Usenet es.humanidades.literatura.

Bajo licencia Creative Commons.
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>



- © Sobre los textos, sus respectivos autores.
- © Cubierta cortesía de Sap.

ÍNDICE

Añil clarividente	5
Boda de Tronío	8
El añadido	13
elaTevoL	18
El primer amor	21
Espacios paralelos	28
lovetale 2009	31
Lovetale (El hombre tranquilo)	36
lovetale primerizo	42
microlovetale: Gelatina	45
Si supiera cómo sisarte esa mirada	49
Soliloquio sobre el amor	52
Una historia de amor	60
Veinte millas	68
De cómo once chinos devoraron a su novia	83

AÑIL
CLARIVIDENTE

© MAR, febrero 2009
es.humanidades.literatura

C harolaba el sol los verdes
de los prados
donde el río doblega su bravura
y ardimos en el vaho calinoso
ante el etéreo añil del cielo primigenio.

En la distancia una fumata blanca
-cual prometida oculta por un lienzo-
se disipaba inconsciente en el espacio
como un sinuoso y sosegado acróbata.

Con perezoso suspiro susurraste:
Mi amor es limpio y fuerte,
como el manantial que brota transparente
detrás de los neveros.

Al terminar me mirabas de reojo
-con el aliento en vilo y mi sombra
surcando tu retina-
Y eras como aquel cielo,
añil clarividente.

BODA DE TRONÍO

© *Lope de Sosa, febrero 2009*
es.humanidades.literatura

En aquel tiempo yo andaba zasquileando por los madriles buscando salida airosa a unas inquietudes mas o menos laborales. Y recibí aviso de conferencia de mi tita Nati desde aquel mar de olivos que era Martos. Aclaro que el aviso era para estar en un locutorio esperando la llama telefónica, que por entonces era totalmente inusual este medio de comunicación. Coin la aprensión propia del caso esperé un par de horas o así con la angustia en mis entretelas. Resumo la conversación: la chacha Adela estaba grave y quería verme. Así que tomé el correo nocturno, hice el pertinente transbordo en Espelúy y en Martos que me planté. No falsa alarma, que ya la enferma estaba fuera de peligro pero viaje precipitado lo aproveché para escuchar historietas, veraces o no, que creo que sí. Y recuerdo una tal que ayer:

“Por razones de herencia de mi marido que como sabes murió de una indigestion de plomo en agosto del 36 pasé una temporada en Madrid en casa de mi hermana- empezaba la

chacha Adela- y como tenía tiempo yo visitaba con frecuencia la iglesia de los Teatinos de la calle Zaragoza donde me confesaba y donde poco a poco me integré en labores de ayuda a personas necesitadas. Una de ellas tenía interés en regularizar en la Iglesia un matrimonio realizado durante la guerra civil en la capital y había que hacer muchas gestiones, pedir avales, certificados y subir y bajar escaleras. ¿Recuerdas tú lo de la “oficina siniestra” que ahora sale en “la codorniz” todas las semanas?. Pues eso pero con más cochambre. Algo así como las cosas de la oficina del malvado Carabel que tan bien retrató Fernandez Flores”.

Y la chacha Adela detallaba con cierta nostalgia aquellos días suponiendo yo que con su caracter y su todavía buen ver alguna coquetería puso en danza para conseguir papeles, certificados echando abajo barreras burocráticas. Resumo el cuento y llego hasta casi al final. Que se celebró boda íntima muy matinal por aquello de los ahorros, que no hubo más que misa rápida sin ni siquiera desayuno en el bar de la esquina de Francisco Silvela con Alcántara y que llega la hora de firmar el acta matrimonial en la sacristía. Lo hace un amigo del novio como testigo y el cura, que tenía prisa por terminar la ceremonia pide otra firma. Se adelanta un hombre de mediana edad, corbata bien anudada de todos los días un mucho cochambrosa y a la pregunta del cura de su nombre grita con énfasis y voz gangosa quizás por el anís matutino:

— ¡¡Francisco Jorge de l'Hotellerie y Valles-
pí!! Reaccion rápida del oficiante:

— Que venga otro que se llame Pérez

Ante el estupor, terminó de contarnos la chacha Adela, nos fuimos y hasta más ver. La pareja con sus dos retoños un poco crecidos y yo a coger el Metro para desayunar con un pasante de la notaría y comer churros en el pasadizo de San Ginés.

EL AÑADÍO

© *Lope de Sosa, febrero 2009*
es.humanidades.literatura

¿R
ecordáis el lovetale BODA DE TRO-
NÍO?.

Se quedó en el tintero de la memoria algo más que nos contó la chacha Adela sobre la matinal boda madrileña y con aquel teatino que tenía prisa. Y como las cosas son como son y además hay que recordarlo, me da la cosa de añadir algunas frases del oficiante en su homilía que refiriéndose primero a la novia que se presentó con dos de sus hijos de la mano, toda vestida de blanco y flores artificiales de azahar en la delantera:

—Despues de tres años de vida marítima te presentas aquí con esos azadares!!!

Al principio de la ceremonia y dirigiéndose a los que iban de testigos y curiosos, en vez de separar los sexos a izquierda y derecha o delante y detrás, que era pero que muy mirado, siguiendo la doctrina de cuando entonces:

—¡¡Pantalones abajo y faldas arriba!!

Seguía la chacha Adela detallando que nadie y más en aquellos años cualquiera no seguía las órdenes del teatino. Cosas de la época. Otra venida en las meninges.

Por aquel entonces y cierro el lovetale que ya se acaba el plazo, Martos no tenía joyería que se preciase y de alguna manera las esposas de maquileros y olivareros se iban a invertir en alhajas lo que a sus maridos y padres les dejaba la CAT por otro nombre Comisaría de Abastecimientos y Transportes. Una de ellas se largó hasta Córdoba y explicaba que en la Judería mercó un collar de los de hacer pis y no echar gota. Presumía de lo barato, del pego que daba pues, decía, que era más falso que Judas, que a ella le sobraba casi todo lo que llevó y planeaba con María de la O hacer otro viaje para acabar con lo asignado.

Así las cosas llegó en Carnaval, tan restringido que sólo en el Casino o en La Amistad se bailaba y eso sin disfraz pero que era pretexto para presumir de vestidos y colgantes en todos los sitios. En plena charla con amigas y sus esposos, en un corrillo íntimo, un viajante de paso por el pueblo presumió de saber calibrar al céntimo joyas y demás que para eso había servido como asistente en la casa de Madrid del general de transmisiones. Fijándose en el collar de la dama en cuestión pontificó:

—Ese collar sí que es bueno, de perlas auténticas y no como otros que he visto que ni siquiera son de Majórica

La mirada de súplica mezclada con terror que lanzó la buena mujer le obligó a rectificar:

—Bueno, es un error. Es una simple baratija. Me equivoqué: las perlas son de imitación.

La chacha Adela cerró el tema diciendo que no sólo el comprador real del collar sino también el viajante acabaron mojando en el mismo tintero.

elaTevoL

© O'flaherty, febrero 2009
es.humanidades.literatura

***L**a Pantoja rompe con Julián Muñoz.*

Eso sí, no hace falta leer mucho: la telecar-naza se la puede dar en viva voz, con imágenes en colorines, con entrevistas bien pagadas, con el morbo de cárceles y manzanillas previos camino del Rocío.

El primer amor

© *Mimí Mondragón, febrero 2009*
es.humanidades.literatura

Cuando vi la foto de Dora en el periódico no tuve ninguna duda. Aquella jovencita que miraba sonriente desde la fotografía, era su hija. Un gran parecido físico unía dos tiempos bien distintos, era como si después de treinta y cinco años estuviera viendo su cara otra vez; la cara con la que yo lo recordaba, la que tenía en el momento en que lo conocí. Sus ojos, su sonrisa, su pelo, su boca. todo. No necesité consultar el apellido para comprobarlo, aunque cuando leí el nombre completo, se acabó de confirmar: Dora era la hija de Joaquín. Ah. Joaquín. No había vuelto a saber nada de él ni de su vida. Hacía más de treinta años que Joaquín había entrado en la espiral del olvido de mi memoria, una espiral de la cual, a raíz del visionado de la fotografía, había emergido de repente, nítida y fresca, la imagen de su rostro.

A grandes rasgos, nuestra historia se remontaba a nuestra juventud en plena adolescencia, y a un verano, que fue lo que duró nuestra relación. Nos conocimos una noche en

el baile de las fiestas de mi calle; él había venido acompañado de su pandilla de amigos y yo estaba con mis amigas. Si la memoria no me falla, uno de sus amigos se acercó al grupo y me invitó a bailar. Acepté y estuvimos bailando durante una pieza, a la siguiente, Joaquín me pidió que bailara con él y también acepté. Yo ya me había dado cuenta, mientras bailaba con su amigo, de que Joaquín no me quitaba los ojos de encima y que me sonreía cada vez que, por la rotación del baile, nuestras miradas se cruzaban. Me agarré a su cuello y él me sujetó por la cintura; era bastante más alto que yo y recuerdo que para poder hablar él tenía que agacharse un poco y yo tenía que estirarme. Aún así conseguimos mantener una postura cómoda para los dos y mantener la típica conversación entre dos jóvenes que acababan de conocerse.

Yo me llamo Joaquín, y tú? Preguntó

Marina. Respondí

Y cuantos años tienes?

Quince.

Yo tengo diecisiete.

De donde eres? Le pregunté, no te había visto nunca antes por aquí.

Soy de. y dijo el nombre del sitio. Y tú?

Yo. vivo en esta calle.

Una vez ubicados, seguimos bailando durante varias piezas más mientras seguíamos intercambiando información. El me contó que no le gustaba estudiar, y que por eso su padre lo había puesto a trabajar en un taller para que aprendiera un oficio. Me dijo que tenía una hermana mayor que estudiaba para enfermera. Yo le conté que estaba haciendo el bachillerato y que mi ilusión era estudiar medicina, que tenía un hermano que era maestro y otro que estaba trabajando porque tampoco le gustaba estudiar.

Pasamos juntos el tiempo que duró el baile charlando animadamente, conociéndonos, y mientras, nuestras respectivas pandillas hacían lo mismo. Cuando llegó el momento de la despedida me preguntó que iba a hacer el fin de semana y le respondí que iba a estudiar porque había un examen y lo quería aprobar. Hizo un gesto de fastidio pero no dijo nada, nos despedimos y me marché a casa.

El domingo siguiente mis amigas me llamaron para salir y les dije que no, que estaba estudiando, pero ante la insistencia por parte de ellas y yo que soy fácil de convencer. pues me arreglé y salí con el propósito de volver en un par de horas para seguir repasando.

Nos reunimos toda la pandilla en el sitio de siempre y desde allí nos fuimos hacia la disco-

teca a ver si nos dejaban colarnos un rato. Al llegar a la puerta nos encontramos con que Joaquín y su amigos estaban allí sentados esperando... No niego que me hizo mucha ilusión, porque, para ese momento, yo ya estaba enamorada de Joaquín y cuando el me dijo que yo le gustaba mucho y que si quería ser su novia, inmediatamente respondí que si.

Los siguientes dos meses fueron lo mejor. Salíamos siempre que podíamos disfrutando al máximo todos y cada uno de los minutos que pasamos juntos. Pero, todo tiene un final y lo nuestro empezó a estropearse por las desavenencias de nuestras respectivas pandillas. Durante esos dos meses nuestros amigos se llevaron bien, salían juntos, iban al cine, a bailar. y lo hacían por nosotros, para que pudiéramos vivir nuestro amor, entonces el tiempo se encargó de desgastar las relaciones y comenzó la guerra. Mis amigas malmetían y sus amigos también. Esto hizo que poco a poco, nos fuésemos alejando; reconozco que un poco más por mi parte que por la suya quizá influenciada por la actitud de mis amigas, pero lo cierto fue que al terminar el verano, no había nada entre nosotros. En un par de ocasiones el intentó ponerse en contacto conmigo pero yo me negué a darle otra oportunidad, y ahora, al recordar, me preguntaba porqué se la había negado. La respuesta, me dejó un regusto amargo.

Cerré el periódico invadida por la nostalgia y por un momento tuve la necesidad de saber

que había sido de él. A la vista estaba que había formado una familia, pero ¿cómo estaría ahora?, y su vida. ¿cómo sería?, ¿a qué se dedicaba?, ¿cómo era su esposa?, ¿sería feliz? En un arrebato de curiosidad me metí en Internet y puse su nombre en un buscador, allí, en un directorio telefónico, aparecieron sus datos. La idea de llamarlo me rondó por la cabeza durante un instante, pero la cordura y la responsabilidad pudieron más que la curiosidad y abandoné tan peregrina idea porque, entre otras cosas, era absurdo, ¿qué iba a decirle? Cerré el ordenador, metí de nuevo a Joaquín en la espiral del olvido de mi memoria y seguí con mi vida.

Tiempo después, en el periódico, leí su nombre. Era una esquila sencilla. La empresa para la que trabajaba como comercial le rendía un sentido homenaje. Había muerto en un aparatoso accidente de tráfico mientras volvía a su casa desde su lugar de trabajo.

ESPACIOS PARALELOS

© MAR, febrero 2009
es.humanidades.literatura

Voy a encubrirte la mañana
y todo será otro día...
será otro tiempo de fulgores
o de sombras...
será otro ciclo de triunfadores o serviles...
será otra época de limbos o privación.

Pronto coexistirá el camino
con nuestras contradicciones
y habrá indolencia o devoción
-atajo errabundo desertor de soledades-

Al atardecer siempre volverán
los equinoccios,
o puede que los solsticios.
Y llegarán con otro talante,
con un carácter de guiños y señales,
con esa risa de tiempo en tu regazo,

Pero todo será memoria
de espacios paralelos
Y nada más...
sólo será otra huida...

lovetale 2009

© Zinnia, febrero 2009
es.humanidades.literatura

Cuando entró en la minúscula habitación del viejo hospital él estaba sentado en un butacón de skay, macilento y medio calvo. No reparó en ella porque miraba en ese instante con interés algún punto de la ciudad que se abría a través del gran ventanal que iluminaba el inquietante cubículo.

La intempestiva llamada de su suegra, una mujer a la que llegó a detestar en su juventud y que había borrado de su recuerdo sin apenas dificultad, le devolvió a un pasado del que primero huyó sin descanso, hasta resultarle totalmente ajeno.

María no pudo reconocer al primer golpe el hilillo de voz asustado y herido que le devolvía el teléfono y tuvo que esforzarse en identificar a la mujer que hipaba entrecortadamente desde la que imaginó sería la enorme casa de la calle Goya, aquel viejo caserón donde se tapaban los agujeros del suelo con enormes y vistosas alfombras persas procedentes de varias herencias.

Esa fue su vida con César, un enorme desconchón que era convenientemente tapado con una gruesa capa de oportunos silencios y mentiras arriesgadas. Aunque lo sospechara, tuvieron que pasar muchos años para que la falta de oxígeno llegara a asfixiarla.

Ya habían pasado diez años desde la última vez que vio al hombre al que tanto quiso y tanto odió más tarde, o mejor dicho, al que tanto creyó querer. Porque, a fuer de tiempo, distintos amores de paso y una extraña e intermitente relación que no se extinguía ni terminaba de cuajar, tuvo que reconocerse en una mujer que le fue leal pero que dejó de quererle al poco tiempo de unir su vida a la de él por siempre jamás.

Tan ofendida se sintió cuando descubrió, con la distancia, a través de miradas compasivas y maliciosamente cómplices de amigos y conocidos, que él la engañaba desde el principio, que no quiso pararse a pensar en que ella, María, tan leal, tan sacrificada, fantaseaba con otro hombre cuando César le hacía el amor. Su amor de siempre, el que llenaba de suspiros intermitente su moderno catre de diseño ahora, se metía en su enorme y antigua cama de casada entonces.

César giró la cabeza y se encontró con que María lo miraba desde la puerta. Su rostro se iluminó brevemente, para quedar suspendido un instante después en un rictus expectante y amargo.

—Pensé que no vendrías. Sólo quería despedirme de ti y decirte que ni un solo día durante estos diez años he dejado de pensar en ti. Follaba con otras sólo para poder encontrarte en alguna de ellas.

—Yo tampoco he podido olvidarte, César. Vendré cada día a verte, a acompañarte, a cuidarte. Nunca entendiste cuánto te quería.

Cuando enfiló el pasillo de salida hacia el ascensor, el doctor que atendía a César la abordó con un cargamento de complicados términos médicos, malas noticias y tristes augurios que le hicieron prorrumpir en un desconsolado llanto. Era un hombre muy alto, algo mayor, que se sintió inmediatamente atraído por ella y obligado a ofrecerle su ayuda. Y María, tan sacrificada, tan leal, la aceptó porque no podía dejar de engañar y engañarse ahora; todavía no.

El hombre tranquilo

© *flantains*, febrero 2009
es.humanidades.literatura

Cuando ella se subió al tren yo ya había ocupado mi sitio, al lado de la ventanilla. -¡oh, diostodopoderoso!- verla por primera vez fue como una alucinación, como un ¡al fin! Si no hubiese sido porque soy un cobarde en aquel mismo instante me hubiese lanzado a sus brazos y la hubiese preguntado entre besos y más besos por qué había tardado tanto, sintiéndome, seguramente, como en casa. Qué puede hacer un hombre como yo cuando tienen la certeza de que la mujer de su vida está delante suyo, aunque no la conozca de nada, certeza que me asaltó al instante mismo de verla enfrentarse al largo pasillo enmoquetado buscando su asiento e hizo que se me contrajeran todas las vísceras del cuerpo en una suerte de descolocamiento que me produjo un profundo malestar físico, casi una náusea. Con impaciencia crucé los dedos y rogué para que ocupase un asiento delante del mío, en algún lugar que me permitiera observarla con detenimiento mientras meditaba como proceder, que se sentara a mi lado fue un golpe de suerte inesperado.

¿Saben? Se estarán pensando que estoy loco pero yo soy un hombre tranquilo y llevo una vida sencillísima, estoy casado, no quiero ocultarlo y hoy he viajado solo, cosa que jamás suelo hacer, por una cuestión de trabajo; tampoco viajo nunca en primera ni me subo a este tipo de trenes, demasiado caros para mi economía familiar, pero esta vez excepcional se hace cargo de todos los gastos la empresa, así que si uno empieza a hacer cálculos de posibilidades y casualidades de pronto se da cuenta de que es viable que el destino exista, mi destino placidamente acurrucado en aquellas blancas manos que ahora subían y colocaban su equipaje de mano, mi destino enredado en el botón del vaquero que entre cadera y cadera parpadeaba como parpadea la señal de destino en el GPS casi, ahora, a la altura de mis ojos. Llámenlo un golpe de efecto, si quieren, yo allí vi la razón de mi existencia, no tuve dudas, ambos habíamos nacido para encontrarnos en aquel preciso momento, dejarlo escapar hubiese sido como suicidarse.

- Le cedo, si le parece bien, el sitio al lado de la ventanilla, así podré contemplarla sin ofenderle, ya que el paisaje es, en esta época del año, una excusa perfecta.

Por supuesto que no tuve valor para pronunciar esas palabras aunque el argumento me pareció de primerísima y en su conjunto un gran piropeo, solo me levanté torpemente e insistí tanto, necio y sin argumento ninguno,

que ella encogiendo los hombros no le quedó más remedio que aceptar. Dentro de mí hay otro hombre, ese que dice esas cosas sin que le tartamudee la voz ni se le empañe la frente de gotitas de sudor, hay otro al que las circunstancias nunca le han acompañado y dormita aburrido como un perro. ¿Saben? Tengo cuarenta y tres años, una casa hipotecada, dos hijos, una esposa y un coche que he acabado de pagar justo en el momento preciso que se ha hecho viejo, no sé en qué momento de mi vida dejé de hacerme preguntas supongo que cuando su espacio físico, en mi cabeza, lo ocuparon las facturas.

Así que la miro detenidamente preguntándome si ella no ha caído en la cuenta, también. Ha sacado un libro y está leyendo, lleva las piernas cruzadas, tiene las manos huesudas y alargadas, no lleva joyas, ni siquiera reloj y los botones del puño de la blusa sin abotonar. El pelo largo y alborotado recogido parcialmente encima de la nuca, por las arruguitas sutiles que rodean sus ojos pienso que no es una mujer demasiado joven, los labios carnosos y sin carmín pero hidratados y jugosos, embebido en su paisaje no me doy cuenta de que ha dejado de leer y me mira y así descubro que tiene los ojos marrón claro, un poco verdes, un poco naranjas y con el iris circundado por una finísima línea negra. Cuando caigo en la cuenta de que me está mirando ya es demasiado tarde para retirar la mirada como un cobarde así que me agarro a su expresión divertida y sonrío:

- ¿ me concede este baile?- le digo sorprendiéndome a mi mismo de semejante audacia
- aceptaría encantada pero soy coja

Los dos nos reímos, ella me da unos segundos pero me he quedado en blanco y mis ojos buscan la excusa, tan real, del paisaje que a ciento veinte pasa por detrás del cristal de la ventanilla y me aferro a él en una cuerda renuncia. Ella vuelve a su lectura y yo ya no la miro porque ni siquiera me atrevo. No tengo dudas cada vez que pienso en aquel día en que aquella mujer era la mujer de mi vida y que mi vida transcurre, señores, por una farsa que ni siquiera es mía.

Lovetale primerizo

© *Anaís, febrero 2009*
es.humanidades.literatura

Déjame mirar tu cara
y seguir perdida.
Dame un buche de tu voz
y nacerán volcanes en mis ojos.
Dime qué ves en mi risa
y te diré mentiras.

Déjame, dame, dime...
Saltaré sin red
sin prudencia ni recato.

Libera mi soledad
preñada de tiempos
rellena de silencios.

En noches así
resurgen los desqueros,
construidos como tela de araña,
en los que ahora habito
mientras sueño
el no querer queriendo
la oscuridad de la luz.

microlovetale: Gelatina

© *mariclaire, febrero 2009*
es.humanidades.literatura

Una tela de araña cubría su cuerpo al atardecer.

Apenas unas horas después se movía sensual entre las miradas feroces de los depredadores. Si les ves mover sus cuellos de derecha a izquierda y tensar los hombros, te puedes sentir indefenso, o eso pudo ser. Una sonrisa puede convertirse en azúcar a través del cristal.

Ella confió en él solo porque la sonrió.

Una vez quiso saber qué se veía desde el otro lado, ver su nombre escrito en algún idioma antiguo, aprender a quitarse esas cosas inútiles que le van dando a uno forma de escama. Su nombre antiguo era gelatina.

Muy pronto enseñó sus pechos y todos, o casi, vieron como temblaban desde una perspectiva ambigua de vigor derramado.

Desamar fue la forma de medir los versos que imaginó le escribían en el hueco del ombligo cada vez que sus pechos simulaban gelatina, o mejor dicho, ge la ti na, las silabas de aquellos versos que nunca se pronunciaron.

La arrastró a Las Siete Damas un atardecer. Hacia la jaula de cristal y hacia los depredadores. Sin embargo no podía dejar de amarlo, como no pudo olvidar su sonrisa.

Si supiera cómo
sisarte esa mirada

© MAR, febrero 2009
es.humanidades.literatura

Si supiera cómo sisarte esa mirada
retornarían a mi tus impaciencias
y lograría delirar en tus abrazos
si pudieran tus labios calcinarme.

Si tus besos no fueran extranjeros,
si el error no rubricara tu palabra
y el deseo no nos fuese circunscrito
se disiparía tu esencia fragmentada.

Si acaso tu ambición fuera acogirme
tendrías mi pleitesía entre las manos,
abrazaría tu sombra y
te veneraría como a una reliquia.

Pero yo ansío sólo poseerte
arrellanarme en tu cuerpo,
agonizar vulnerándote y
-si supiera cómo saquearte-
hacerte mío para sisarte esa mirada.

SOLILOQUIO SOBRE EL AMOR

© Pacoz, febrero 2009
es.humanidades.literatura

Empezaré por decir que hace casi diez años que en un arrabal del cinturón de Buenos Aires escribo poemas, cuentos, relatos y microcuentos en las esforzadas páginas de un rudimentario diario tercamente dirigido por Erico Barreiro, un noble amigo linotipista que, habiendo siendo en su juventud un modesto aprendiz, se obstinó en construir su propia imprenta, determinación acaso debida a una (en apariencia) inocente colección de las “Selecciones del Reader Digest”, comprada por su padre con sacrificio en una librería de viejo del viejo Cabildo metropolitano. Allí, en la sección que se titulaba “Mi personaje inolvidable” adquirió la peregrina idea de que un hombre suficientemente empeñoso, partiendo de una situación lindante con la miseria, con sólo ser laborioso y obediente puede llegar a cualquier sitio, incluyendo la Presidencia de los EE.UU., como Roosevelt, Kennedy o Bush los que, digámoslo, no salieron del Bronx precisamente. Y no se haga la chanza de preguntarme para qué querría Erico Barreiro ser Presidente de los EE.UU. si no hablaba inglés, ni lo

hablará aunque se empeñe en ello, ni podría elevar el cetro sin estragar la cristalería, ni pertenece a la “Asociación del Rifle”, ni desea pelear en una estúpida guerra elucubrada por dos Generales y tres fabricantes de armas so pretexto de enseñarle el catecismo de la libertad a los habitantes de una remota nación asiática donde las mujeres besan los pies del energúmeno que les pateas las posaderas cada dos por tres, por cuatro o cinco pavadas.

La cosa es, volviendo al cauce de lo que quiero relatar, que en tanto tiempo de impropia labor literaria hasta hoy yo no había escrito una historia de amor, cosa extraña que si no esconde una inhibición enfunda un complejo, pero no de índole edípica ya que quedé huérfano de padre y madre a los dos meses de nacido, por lo que cabe inferir que fui criado por una loba o que pura y simplemente, a falta de teta, el biberón fue protagonista en mi vida con nocivas consecuencias para la literatura amoratoria. Y hablando de biberón, o más precisamente de tetas, digamos que, desechando estas posibilidades y en desmedro de abstrusas teorías sicológicas, cabe suponer que la omisión del género amoratorio en mi producción literaria corre por el lado del pudor o del miedo a ventilar el pasado ante ojos extraños y porque, como Erico, creo yo que “con el amor no se jode”. Habiendo arribado ya a las playas de tan nobles propósitos vale dejar constancia de que no se debe tomar la frase de Erico al pie de la letra ya que él frecuenta,

o así lo pregonan, a las putas menos refinadas de la ciudad, como si le importara un bledo de Ramona, su mujer, quien dicho sea de paso me tiene dicho que ella engorda por culpa de su marido porque él, arrepentido de sus faltas, cada vez que visita a una zorra se descuelga con una caja de bombones a los que ella no puede sustraerse por tener flojo el botón del “no”, defecto del que puedo dar cuenta; pero esa es otra historia, o no tanto.

El asunto es que yo, como Erico Barreiro, aunque por diversas razones, también pienso que “el amor es otra cosa”, y muy seria cosa como para que uno ande escribiendo pavadas a su costa. De manera que no se me daba por escribir historias de amor hasta que, vaya a saber por qué, o sabiéndolo y haciéndome el desentendido, hoy me puse a dar vueltas alrededor del tema, planeando la imaginación como un cuervo alrededor de los despojos de las malas acciones pasadas y de otras bastantes presentes, esto es, a discurrir sobre si la palabra amor incluye la situación en que uno está meramente caliente con una mujer -o una “ella” con un “uno”- pero sin grandes aspavientos o retórica telenovelesca. Porque, es hora de decirlo, yo tengo una relación con una fulana que me tiene dada vuelta la cabeza pero no se me da por compararla con cosas hermosas, o etéreas, o con nubes, o con amaneceres, o con estaciones del año, o con gacelas, cisnes, o pájaros gráciles, o por decir que me recuerda aromas sutiles, o sitios edénicos por-

que la veo tal cual es, con la verruga que tiene en el párpado izquierdo, con sus olores a empanada salteña y que tampoco me escandalizo por su cabello opacado por los hervores de la cocina o por los fluidos emanados de las fritangas, y este milagro, bien lo sé, ocurre porque dentro de su sencillez y desaliño ella sabe manejar las artes de la seducción, sea dejando que el vestido se deslice hasta mostrar la suave ondulación de sus senos o, cuando camina hacer con un rotundo caderazo que sus nalgas vayan hasta el límite de lo posible antes de regresar a su sitio original, como si un glaciar que hubiera caído con gran estruendo, milagrosamente, volviera a aparecer sobre la superficie de las aguas.

Así es que los días en que la visito, con tal de llegar a la hora en que someteremos a dura prueba la elasticidad de los flejes de su cama matrimonial, soy capaz de soportar sus jermías sobre si el marido trae suficiente dinero a casa, o sobre las escapadas del hombre al prostíbulo de los suburbios so pretexto de exceso de trabajo, o respecto a que ella hace oídos sordos a los requerimientos amorosos del marido porque no soporta su olor, ni la aspereza de sus manos, ni su transpiración rancia, ni sus sonoros ronquidos de paquidermo y sobre todo no soporta que él se resigna a que ella se niegue a copular, a que acepte calladamente la afrentosa situación y mientras ella descarga sus rencores yo escucho con la cabeza en otra parte esperando que agote

las quejas porque cuando ello ocurra será mi turno de aliviar, con unos masajes perversamente administrados y sabiamente distribuidos, deslizándome suavemente de las cervicales a la rabadilla y de allí hasta el fondo de sus deseos, y cuando ella me dice “malo” no le pregunto por qué y empiezo con el reguero de porquerías que nos excita a los dos y entonces ella, cuando ya soltó los jugos propios y absorbió los abundantes míos, sigue la escena de la damisela burlada, casi violada y por fin me despide diciéndome mimosamente, “malo, abusaste de la mujer de tu mejor amigo, te merecés un chas chás” y entonces me voy pensando en la próxima vez en que Erico Barreiro me diga que le distraiga a la Ramona porque él tiene que encamarse con un minón bárbaro, y yo hago como que le creo y le hago el favor y es entonces cuando pienso que lo mío es mera calentura pero que el que ama verdaderamente a la Ramona es Erico Barreiro porque encima de que ella lo rechaza le facilita las ocasiones de acostarse conmigo, sea por temor a que ella lo abandone o por otras ignoradas razones que yo imaginar no puedo porque el amor es un aria que no está al alcance de todos los registros.

Entonces vivo mi infierno y descubro, una y cien veces, que el instinto es una negra bestia marina de mil tentáculos que junto con la carne apresa aquella esencia sutil que algunos llaman espíritu y que yo imagino como la sede de las reglas de conducta, de las normas, de

los principios, de las buenas intenciones. Luego, tras unos días, vuelvo a las andadas, porque la vida es un camino largo, lleno de hondonadas, y el hombre Ulises entre Caribdis y Escila, y el amor una instancia a la que pocos acceden porque, sin prescindir de la apetencia sexual, él sólo se abre cuando se aprende a sacrificar las propias expectativas para compensar los sacrificios y renunciaciones de la persona amada.

UNA HISTORIA
DE AMOR
(nada de lovetale)

© Pacoz, febrero 2009
es.humanidades.literatura

Hace 8 años que, en un arrabal del cinturón de Buenos Aires, escribo poemas, cuentos, relatos y micro-relatos en las esforzadas páginas de un rudimentario diario tercamemente dirigido por Erico Barreiro, un morochito y menguado linotipista que siendo un simple obrero se empeñó en tener su propia empresa probablemente como consecuencia de una en apariencia inocente colección de las “Selecciones del Reader Digest”, o como mierda se escriba. Allí, en la sección que se titulaba “Mi personaje inolvidable” adquirió la peregrina idea de que un hombre suficientemente empeñoso partiendo de una situación lindante con la miseria, con sólo ser laborioso, humilde, resignado y obediente puede llegar a cualquier lado, incluyendo la Presidencia de los EE.UU. igual que Roosevelt, Kennedy o Bush, que no salieron precisamente del Bronx. Y que no me sea preguntado para qué quiera Erico Barreiro ser Presidente de los EE.UU. si no sabe hablar inglés ni usar galera con elegancia, ni mover un bastón sin estragar la cristalería, ni pertenece a la “Asociación del Rifle”, ni des-

ea pelear en una estúpida guerra elucubrada por dos Generales mamados (y que conste que no me refiero al imbécil de Galtieri) para enseñarles el catecismo de la libertad a los habitantes de una remota nación asiática donde las mujeres besan los pies del energúmeno que les patear las posaderas cada dos por tres por cuatro o cinco pavadas.

La cosa es, volviendo al cauce de lo que quiero relatar, que en tanto tiempo de improba labor literaria, hasta hoy nunca había escrito una historia de amor, cosa extraña que si no esconde una inhibición enfunda un complejo, pero no de índole edípica ya que quedé huérfano de padre y madre a los dos meses de nacido por lo que cabe inferir que, o fui criado por una loba, como Rómulo y Remo, o que pura y simplemente, a falta de teta, el biberón fue protagonista con influencias nocivas para la literatura amorosa, pero, eso sí, nadie podrá acusarme de padecer el “complejo de la mamadera” aún no inventado por ningún psicoanalista, pero en cuanto se aviven del filón ya se verá. Hablando de biberón, más precisamente de tetas, digamos que, desechando estas posibilidades y en desmedro de abstrusas teorías psicológicas, cabe suponer que la omisión del género amoroso en mi producción literaria corre por el lado del pudor o del miedo a ventilar el pasado ante ojos extraños y porque, como dice Erico “con el amor no se jode”, aunque vale mencionar que no se debe tomar esta frase al pie de la letra ya que Erico

anda todo el año de putas sin importarle un bledo de Ramona, su esposa, quién, dicho sea de paso, me tiene dicho más de una vez que por culpa del sinvergüenza del marido ella se ensancha perimetralmente ya que él, de puro arrepentido, cada vez que se acuesta con una zorra se descuelga con una caja de bombones a los que ella no puede sustraerse por tener flojo el botón del “no”, defecto del que puedo dar cuenta, pero esa es otra historia... aparte de que si bien ella engorda nadie podrá decir que lo hace sin clara noción de cuánto y mucho menos dónde debe depositar los excesos, cuestión que toma muy a pecho. El asunto es que yo, como Erico Barreiro aunque por diversas razones, pienso que “el amor es otra cosa”, y muy seria cosa, como para que uno ande escribiendo pavadas a su costa. Además, no nos engañemos, los cuentos de amor sólo le gustan a las mujeres, y cuanto más edulcoradas (las historias) mejor, por eso en literatura, si así puede catalogarse lo que yo escribo, prefiero las historias de crímenes y de sexo, porque el sexo y la violencia son como las historietas gráficas leídas por chicos, por grandes, por mujeres, por hombres y por ricos, pobres y hasta por los intelectuales cuando éstos se hartan de tanto cultismo y de tantas palabras de diccionario. En fin, que como decía, no me salía escribir historias de amor y tenía la inhibición bien protegida por sesudas argumentaciones hasta que vaya a saber por qué, o sabiéndolo y haciéndome el desentendido, hoy me pongo a dar vueltas alrededor

del tema planeando como un cuervo alrededor de los despojos de las malas acciones pasadas y otras bastantes presentes, esto es, a discutir para esclarecer el tema sobre si la palabra amor incluye la situación en que uno está meramente caliente con una mujer -o una ella con un uno- pero sin grandes aspavientos o retórica telenovelsca. Porque, es hora de decirlo, yo tengo una relación con una fulana que me tiene dado vuelta la cabeza pero no se me da por compararla con cosas hermosas, o etéreas, o con nubes, o con amaneceres, o con estaciones del año, o con gacelas, cisnes, o pájaros gráciles, o por decir que me recuerda aromas sutiles, o sitios edénicos porque la veo tal como es, con la verruga que tiene en el párpado izquierdo, con sus olores a empanada salteña ni pierdo el sueño por su cabello opacado por los hervores de la cocina o por los fluidos emanados por las fritangas. Y este milagro, bien lo sé, ocurre porque dentro de su sencillez y desaliño ella maneja bien las artes de la seducción, porque se sabe de memoria aquello de dejar que se deslice el vestido dejando a la vista la suave ondulación de sus tetas y cuando camina de un rotundo caderazo hace que sus nalgas se muevan hasta el límite de lo posible antes de regresara su sitio original como si un glaciador que se hubiera caído con gran estruendo milagrosamente volviera a aparecer sobre la superficie del agua. Y en medio de tanta meditación me asombra el hecho de que con tal de llegar a la hora en que sometemos a dura prueba la elas-

ticidad de los flejes de la cama sea capaz de aguantar sus lamentaciones, “que si el marido trae suficiente dinero”, “que si se hace sus escapadas al prostíbulo de las estribaciones del pueblo pretextando exceso de trabajo”, “que si ella hace oídos sordos a los requerimientos del marido porque no soporta su olor, la aspereza de sus manos, el olor a transpiración rancia, sus ronquidos y sobre todo no soporta que se resigne a que ella se niegue a copular con él, que acepte resignadamente la afrentosa situación” y yo escucho con la cabeza en otra parte esperando que ella me diga “estoy agotada” y entonces me llegue el turno de aliviar su tensión con unís masajes perversamente administrados, sabiamente distribuidos, de las cervicales a la rabadilla y de allí hasta el fondo de sus deseos, y cuando ella me dice “malo” le pregunto porqué y empiezo con el reguero de porquerías que nos excita a los dos y entonces ella, cuando ya soltó los jugos propios y absovió los abundantes míos sigue la escena de la damisela burlada, casi violada y por fin la despedida diciéndome mimosamente, “mal amigo”, abusaste de la mujer de tu amigo, te merecés un chas chás y entonces me voy pensando nada más que en la próxima vez en que Erico Barreiro me diga que le distraiga a la Ramona que él tiene un encame con un minón bárbaro, y yo le hago el favor y es ahí cuando pienso que lo mío es mera calentura pero que el que ama a su mujer es Erico Barreiro que encima de ser rechazado por ella le facilita las escapadas por temor a que lo abandone.

Y ese día y el siguiente me siento una mierda, y me dan ganas de hacerme un buco en la cabeza.

VEINTE MILLAS

© Sap, febrero 2009
es.humanidades.literatura

Cuando bajé del autobús un cuarto de milla antes de Harvestville, sólo me quedaban en la maleta unos zapatos rotos y media docena de novelas baratas. El cauce seco de un arroyo discurría paralelo a la carretera. Sobre el arroyo, un puente de maderas podridas y sobre ellas, yo. Arrojé la maleta desde aquella altura. Dio varias vueltas en el aire antes de hundirse entre las zarzas. Contemplando el vuelo divisé el autobús que me había llevado hasta allí. Era como un insecto metálico que se deslizara sobre el polvo. Encendí un cigarrillo que era el último cigarrillo. El humo era invisible, transformado en una vibración más del calor. Hice una bola con la cajetilla. Cuando alcancé la calle principal del pueblo, lo único que llevaba en los bolsillos eran mis manos.

Mi amigo Danny me había prometido un empleo en su serrería, la serrería Mulligan. Sí. Danny Mulligan. Habíamos estado juntos en Corea. Pero ahora eran los tiempos malos y yo me había señalado mucho en las huelgas.

“—Cuenta conmigo para lo que necesites, Al. De alguna manera deberé pagar la deuda que tengo contigo.”

Aquella era una frase que me había repetido cien veces. La última, durante la charla telefónica que mantuvimos tres o cuatro meses antes.

“—Aquí podrás instalarte. Incluso iniciar una nueva vida. Puedes venir con lo puesto, Al. Tengo un buen trabajo para ti en la serrería. Si estás metido en problemas como si no, mi casa es la tuya, Al. Lo sabes.”

Danny había perdido media pierna al pisar una mina. Decidió que si el resto de su cuerpo seguía funcionando me lo debía a mí. La creencia de que le había salvado la vida lo convirtió en un perseguidor de motivos para devolverme el favor. Yo también deseaba dejar de ser un héroe. El deseo me ayudó a marcharme. También el que nadie ni nada me reclamaran en Baltimore.

Hice algo parecido a un equipaje y perdí los últimos dólares en un callejón. Tal vez los dados estaban trucados o tal vez quien los lanzaba era el fantasma de Poe, pero el caso es que me desplumaron por completo. La acera estaba mojada, quedaba por pasar toda la noche antes de que saliera el autobús. Dormí en un portal apoyando la cabeza en la maleta.

No llegué muy lejos con los doce pavos que reservé dentro del calcetín. Para cubrir la distancia que me separaba de Harvestville fui aceptando empleos a medida que tomaba autobuses. Limpié cuerdas. Varias docenas. Y lavé coches. Varios cientos. El viaje duró tres semanas.

En los pueblos como Harvestville siempre hay un viejo en un porche sentado en una mecedora y fumando en una pipa de mazorca. Al viejo que le pregunté tampoco le faltaba un pantalón de peto y una camisa de franela a cuadros que dejaba asomar las mangas rosas de la ropa interior.

—¿Sabe dónde se encuentra la serrería Mulligan?

El viejo se sacó la pipa de la boca como para hablar, pero no habló. Ni habló ni me miró. Se limitó a extender un brazo hacia la derecha, luego levantó tres dedos y movió la mano hacia la izquierda. Volvió a la pipa y tomó impulso para seguir meciéndose. Me dirigí a la calle principal y en poco tiempo rebasé la frontera que diferencian los maizales de la ciudad. Una frontera que estaba compuesta por una gasolinera, un motel llamado Twin Oaks y un negocio de compraventa de automóviles en el que el mismo aire caliente que hacía agitar las banderolas, decoloraba la pin-

tura de un Oldsmobile rojo expuesto como joya de la corona. Después de ellos se extendían las dos filas de edificios de poca altura que conformaban una avenida ardiente. Desde sus nacimientos casi rurales, pequeñas calles desembocaban en ella. La gente caminaba por las aceras sin prisa, como adecuando el ritmo de sus pasos al del lento tráfico. Tal como me indicó el viejo, al final de la tercera calle encontré la serrería. El rótulo con el apellido de Danny sobre la nave pudo confirmarlo, pero no el silencio en que se encontraba todo. De hecho la nave que debía ser factoría y almacén estaba cerrada, por lo que me acerqué a la casa aledaña.

Un perro tendido en un cobertizo se levantó y comenzó a ladrar con furia. Estaba atado a una cuerda. Más que llamar, aporreé la puerta, odio los perros que ladran. O sea, a todos. La mujer que abrió la puerta era una mujer rubia con el pelo corto y cejas oscuras. Con esfuerzo pude reconocer en sus rasgos a la adolescente de la fotografía que Danny llevaba en su cartera y que me enseñaba en los bares cuando tomábamos la primera copa (cuando llegaba la última me la había mostrado cuarenta veces). Pero esta mujer no sonreía como la muchacha de la foto ni pude adivinarle restos de su risueño pasado. La mujer que ahora me miraba desde la puerta entreabierta tenía los ojos enrojecidos y el rostro estragado de los insomnes. Un niño con el pelo tan rubio como el de ella asomó la cara tras de su falda. Cuando le miré volvió a esconderse.

—Soy Goldstein.

—Alan Goldstein -dijo ella, -Llega tarde.

—¿Tarde?

—No pude localizarle para darle la noticia, ¿cómo lo iba a localizar? Danny murió hace cinco días.

Me defendí de la información tomándola como el resultado de un partido de los Cardinals o el pronóstico meteorológico de Baton Rouge. Pasé a otro plano, a otro mundo, colocado detrás de una cámara y proyectado a la vez en una pantalla. Mi estado debió alarmarla lo suficiente como para consolarme con un par de viejas tiritas:

—Danny no dejaba de hablar de usted. Le apreciaba como a un hermano.

La mujer observó la camisa que llevaba puesta. Era una vieja camisa militar que había conservado de los años de Corea cuando compartí con Danny mucho más que muchachas de ojos rasgados y moscas orientales. Había querido ser una sorpresa, pensé que le recordaría los buenos tiempos. A veces es mejor no pensar.

—Maldita guerra.

—Sí, maldita guerra. ¿Qué le ocurrió a Danny?

—El corazón tal vez. Lo tenía débil. Esta ciudad no estaba hecha para hombres como Danny.

—Dejé Baltimore. Me había ofrecido un trabajo.

—Lo sé y lo siento, pero puse en venta la serrería. Ayer mismo la compraron. Nos marchamos de Harvestville. Por fin. Busque al nuevo propietario, tal vez solucione su problema.

La mujer dijo esto último a la vez que se apartaba de la cara el pelo que desordenaba el viento caliente. Repitió su pesar e hizo ademán de cerrar la puerta, pero se detuvo.

—Un momento. Danny dejó algo para usted.

La mujer regresó a la oscuridad de un interior que imaginé tan ardiente como el exterior llevando al niño pegado a ella. En ese momento, con el sol en la espalda y con el perro ladrando sin parar, deseaba como nunca una cerveza helada. La mujer volvió y esta vez apenas dejó asomar por la puerta entreabierta medio cuerpo y el brazo que me alcanzaba un sobre grande y lacrado. Mi nombre aparecía escrito con letras rojas.

—Tenga. Y ahora debe disculparme.

La puerta se cerró definitivamente. Se produjo uno de esos momentos en los que hay que rascarse la coronilla y mirar alrededor. Fue exactamente lo que hice. Después, cuando pasé al lado del perro, le tiré una piedra y se enfureció aún más. Cerca ya de la calle princi-

pal, abrí el sobre. Había dos viejas fotos, Danny y yo de soldados antes de embarcar, Danny y yo de Santa Klaus en la base. Pero también había un fajo con tres mil dólares. Respiré hondo. Por supuesto que jamás había tenido una fortuna así en las manos. De repente tenía un amigo muerto y era casi millonario. Rompí las fotos, que al momento engrosaron el torbellino de papeles formado en un rincón entre dos casas y me encajé la pasta en la cintura del pantalón, bajo la camisa.

Las cosas habían cambiado pero no lo suficiente como para quitarme la sed y el hambre que sentía. Era más de la una y frente a mí se encontraba un bar como cualquier otro. El destino de al menos el primer dólar, estaba decidido. Caminé hacia allí, entré y me senté en la mesa más alejada de la barra, pegada al ventanal. Salvo dos operarios de una compañía telefónica que bebían limonada, no había más clientes. Una camarera ponía flores en los pequeños jarrones que adornaban las mesas vacías. Al fondo, de pie, al lado de la máquina de discos, un tipo gordo se secaba el sudor del cuello con un enorme pañuelo de color malva. El sombrero que sostenía en la mano era también de color malva. Y la camisa. Y el traje. Cuando reparó en mi presencia le hizo una seña a la camarera. Luego metió una moneda en la máquina y eligió algún título.

La camarera dejó las flores y se acercó a mi lugar. Vestía un uniforme rosa con una pequeña cofia como puesta al azar sobre el pelo. En

una placa de plástico se leía su nombre: Maggie. Tenía pinta de no volver a cumplir los cuarenta o cuarenta y cinco, era una fea de buen trasero y tenía los ojos más maravillosos que había visto en mi vida. De algún sitio sacó un cuadernito y un lápiz y con la misma rapidez escondió el chicle que masticaba.

—Hola, encanto, ¿qué vas a tomar?

—Una cerveza helada. Bueno, mejor, dos cervezas heladas.

—Parece que hace calor ahí fuera, eh. ¿De paso por Harvestville, cariño? Seguro que vas a comer algo, ¿verdad? Westy, el cocinero, espera tus órdenes.

—Seguro, Maggie; tengo hambre, ¿cuál es la especialidad de la casa?

—¿Especialidad? Perdona que me ría - Maggie miró alrededor con sarcasmo en los labios -Aquí la especialidad de Westy son sus calcetines sudados, encanto. Pero podría prepararte un bistec con salsa de mostaza, ¿te vale?

Maggie se alejó contoneando las caderas después de haberme dedicado un guiño. Ya lo dije, sus ojos eran maravillosos. Dos guiños más hubieran bastado para enamorarme. Cuando pasó al lado del tipo gordo que aún permanecía junto a la máquina de discos, la oí protestar.

—Vamos, Artie, no la quites. Es ese chico nuevo el que canta. Elvis.

—¿Elvis? Seguro que será otro afeminado

con tupé. Afeminados, negros y comunistas. Nos están destrozando la vida y el país.

—Gordo gruñón, gordo gruñón... -Maggie entró tras la barra, -¡Un bistec, Westy! ¡con mucha mostaza!

Fue el propio tipo gordo el que dejando la máquina de discos me acercó las dos cervezas que Maggie había puesto en la barra. Se sentó en una silla con el respaldo al revés, apoyó allí los brazos y observó cómo me bebía casi de un trago la primera jarra. El tipo sonreía pasándose un mondadientes de un lado a otro de la boca.

—Nada le viene mejor a la cerveza que el calor de Harvestville, ¿no cree? Ah, perdón -y aquí me ofreció una mano fofa, húmeda y caliente que yo estreché mientras me ampliaba la información, -Me llamo Artie, Artie Colosimo, pero todos me conocen por Artie el Malva. Apuesto a que adivina por qué. -el gordo se rió mirando la puntera de sus zapatos malvas -Me trae suerte.

De nuevo sacó del bolsillo el enorme pañuelo, se levantó el sombrero y se secó el sudor de la cabeza calva. Había dos grandes ventiladores en el techo, pero los dos estaban parados. Artie el Malva. Traje malva, sombrero malva, pañuelo malva, ya lo dije también. Pareció un examen mutuo. Le llamó la atención mi camisa.

—¿Corea?

—Así es. Corea.

—Le vi bajar del autobús. ¿Está de paso por Harvestville?... Nadie permanece mucho tiempo en Harvestville, recluta. Y no se moleste, es una forma de hablar.

—Creo que es un tema que no le interesa.

—Seguro. ¿Era usted el amigo del cojo?... Hey, tranquilo, a poco que me conozca sabrá que nunca pongo mala intención en las palabras, y es que si viene de lejos encontrará un poco exótico mi lenguaje, ¿no es cierto? -el gordo acercó un poco más la silla y yo atacé mi segunda cerveza. Siempre me resultaron graciosos los gordos bocazas.

—¿Le molesto? Si le molesto, sólo tiene que decírmelo y dejaré el asiento.

—Haga lo que quiera.

—Hum, ¿sabe?... Su pobre amigo de las muletas, al morir, me dejó una deuda de tres mil pavos.

En ese momento, Westy, el cocinero, asomó su cabezota con gorrito blanco por el hueco que comunicaba cocina y barra. Con raro acento anunció que mi bistec estaba listo. Era la primera vez que veía a un cocinero mongólico. Maggie acercó el plato y unos cubiertos a mi mesa.

—¿De charla con el turista, Artie?

—Lárgate, Maggie, te he dicho mil veces que no te inmiscuyas cuando hablo con mis clientes.

De espaldas al gordo, Maggie levantó el dedo corazón de la mano derecha y sacó la lengua. Después volvió a sus jarroncitos con gesto de fastidio. Desde la juke box Dean Martin derramaba el alcohol de su voz.

—¿Sus clientes dijo? ¿Soy cliente suyo?

—Así es, amigo, -el gordo resopló satisfecho. -Soy el dueño de este bar. Y por si lo quiere saber, también del motel Twin Oaks, de un negocio de coches, de otro de maquinaria agrícola, de la gasolinera que está a la entrada. Y para relajarme, también soy dueño de una cuadra de purasangres, de una peluquería canina, del trasero de esta zorra de Maggie y desde ayer por la mañana, de la serrería Mulligan. El negocio de su amigo.

El filete tenía el aspecto de un guante de boxeo que alguien hubiera olvidado bajo una apisonadora. En cambio, los guisantes parecían mordisqueados por una familia de mapaches. A pesar de ello y a pesar de la información que soltaba aquel tipo, comencé a devorarlo. Al primer mordisco llegué a una conclusión: el bar del gordo jamás aparecería en las guías gastronómicas. Después y durante un momento, Artie dejó su cháchara y pude concluir en paz la mitad de aquel filete.

—Parece que no encontró lo que venía a buscar, ¿me equivoco?

—Tal vez. Veo que las noticias circulan rápido por aquí.

—Seguro. Harvestville es un pañuelo, amigo. Y un pañuelo que se ensucia con facilidad. He pensado que tal vez podría ayudarle.

—¿Piensa comprarme un estómago nuevo? Creo que es necesario para sobrevivir en su bar.

—Vaya, tenemos de visita a un ingenioso. ¿Te apetece otra cerveza? Invita la casa.

—No recuerdo haber dicho nunca no a una cerveza.

El gordo dio la orden a Maggie que interrumpió el pedido de dos parroquianos que acababan de ocupar una mesa. Dos rednecks que no quitaron el ojo al trasero de la camarrera en cuanto se alejó.

—Verás. Podría ayudarte con algo más importante. ¿Sabes manejar un tractor, recluta? Veinte dólares a la semana, comida y alojamiento gratis. Podrías empezar mañana a trabajar. Creo que eres mi tipo.

—¿Tengo tipo de tractorista?

—Vamos, vamos, chico; déjalo ya. Ya sabes a qué me refiero.

Con esfuerzo liquidé el filete a la vez que me asaltaba el recuerdo de la viuda de Danny y, sorprendentemente, el brillo de la carrocería roja del Oldsmobile a la entrada del pueblo. Junto con los ojos de Maggie eran motivos suficientes para probar unos días y tal vez intentar hacer algo con Artie. Se lo debía a Danny. Los tres mil dólares escondidos dentro de la camisa formaban como una nueva víscera que

destilara la hormona de la tranquilidad. Maggie trajo la cerveza y recogió el plato y los cubiertos. El gordo aprovechó para meter la mano bajo la falda y Maggie lo rechazó con furia clavándole las uñas en la muñeca. Artie sonrió como debería sonreír una morsa atacada por la señorita pingüino.

—Tranquila, nena, no enseñes a mi cliente tus malos modos de gata rabiosa.

—Eres un cerdo, Artie.

—Vaya, a fuerza de repetírmelo voy a empezar a creerlo, Mag. Ahueca el ala y trae café, encanto.

Fugazmente, contemplé en los ojos de Maggie un espectáculo pirotécnico. A la vez, le dije al gordo que de acuerdo en lo del tractor. Por supuesto, no le dije que jamás había montado en un tractor.

Continuará ...

De cómo once chinos devoraron a su novia

Un cuento inédito de
Hanns Heinz Ewers (1871-1943)

por la traducción
© *coppelius*, febrero 2009
es.humanidades.literatura

Esta es una historia sobre sodomía y bestialismo. La mayor parte de la gente ni comprende estas cosas ni siente agrado por ellas. No tiene importancia, pero si hubieran nacido tártaros no cabe duda de que las hubieran encontrado muy graciosas.

Si algo relacionado con este tema es llevado a la Corte de Justicia, el juez, el fiscal, el abogado y hasta el secretrio del juzgado reprimirán una sonrisa. Solamente la opinión pública será incapaz de encontrarle el humor. Está fuera de discusión porque la moralidad del pueblo no puede ser puesta en peligro de ninguna de las maneras.

Así que disfrutad esta historia sobre el duelo de nuestra singular familia. Naturalmente se trata de algo inofensivo que nunca lanzará a nadie a las fauces de la sodomía o el bestialismo. En particular después de haber leído recientemente que llevar a la práctica semejante abominación condujo a un pobre diablo a la cárcel durante dos años. ¡Sólo por no poder resistirse a pasárselo bien!

Que en efecto es, todavía, algo humano a los ojos de la ley. Pero si miramos a la antigüedad las cosas no siempre fueron tan fáciles. Hemos aprendido cómo la ira de Dios cayó sobre las corrompidas ciudades de Sodoma y Gomorra, destruyéndolas hasta los cimientos. Sólo el noble Lot y sus hijas fueron salvados. Su mujer, en cambio, se convirtió en una estatua de sal solamente por el hecho de girarse a echar un vistazo a esas ciudades abominables.

Sin embargo la familia de Lot no fue siempre un ejemplo de moralidad y buenas costumbres. La postura original de este clan tan temeroso de Dios fue tal que tuvo que ser Él expresamente quien tomara cartas en el asunto... ¡enviando un puñado de ángeles para advertirles!. Ante ello, Lot no dudó en emborracharlos con vino y les suplicó y les rogó, hasta el punto de ofrecerles a sus propias hijas para que hicieran de sus vientres cuanto quisieran.

¿Qué es lo que estáis pensando? ¿Que tenían que ser realmente bonitas las hijas de Lot, para que su padre necesitase emborrachar a los ángeles?

En cualquier caso esta pretende ser una historia cómica, a pesar de la sangre y el fuego caídos del cielo. Tan cómica como cualquiera de las abominables variantes que de la sodomía puedan ejecutarse en estos tiempos.

Sí, los sodomitas han sido con frecuencia horriblemente castigados: crucificados, divididos en varias partes, ahogados, triturados en la rueda de tormento, quemados en la estaca, y a pesar de ello ¡todavía existen!. La mala hierba de la sodomía y el bestialismo crece de nuevo una y otra vez, a lo largo y ancho del mundo. No existe jardinero lo bastante eficaz como para erradicarlas del jardín de la humanidad.

La apasionada lujuria humana nunca dejará de explorar todos los posibles deseos de la carne. Su latido se deja oír en el campo y en la ciudad. Aquí y allá, ese falso Dios, Sodoma, exige su sacrificio.

La segunda mitad del siglo XI fue un período floreciente en lo que a la sodomía respecta: se dio en la Orden de los Templarios, la infame sociedad secreta de sodomitas. Un pequeño grupo de sodomitas convencidos existió también en Sicilia y en el Abruzzo. La cabeza de su organización se encontraba en la India.

Hoy día, en el sur de China, en buena parte de Túnez y en lo más profundo del Cáucaso existe una abominable comunidad de sodomitas en cuyos templos se guardan celosamente secretas técnicas amorosas. Y tienen seguidores en todas las ciudades del mundo.

En cualquier país que se nos ocurra, ya sea en esta ciudad o en aquella, la sodomía y el bestialismo florecen en este preciso instante.

Primero es un pájaro; al poco, alguna bestia de cuatro patas que se hace extrañamente popular.

La corte de la venerable ciudad de Mettmann, en la zona del Rhin, ha sido siempre conocida por producir casos tan graciosos como graciosos los castigos que acarreaban.

Mi amigo, el Juez de Paz John, incluso tomó la decisión de dedicar al tema su tesis doctoral: "Origen y Desarrollo Cultural Común del Distrito de Mettmann y el Segundo Párrafo del Estatuto 175 R-G.B desde el Siglo XII hasta Hoy". Pero la Facultad de Heidelberg no simpatizó con el proyecto. Le sugirieron centrarse, por contra, en el endeudamiento del distrito de Hubbelrath lo que ciertamente es algo importante, pero ni la mitad de gracioso.

Nadie puede negar que la sodomía y el bestialismo revisten un lado cómico. Desde el "Asno de oro" de Apuleyo hasta los tiempos actuales hay una larga cadena de anécdotas hilarantes. Todas ellas, pequeños crímenes inofensivos. Es una verdadera lástima que la literatura médica no se haya dedicado a consignar estos casos. Sólo constan en las actas de los juzgados, y ello por las terribles penas que acarreaban.

No vayáis a pensar que sobre ello sólo chismorrea la gente común, también la clase alta, la así llamada "chusma ilustrada" lo hace. La masa tiende a reírse con estas anécdota, pero

también Boccacio, Aretino, Voltaire, Goethe y Balzac han hecho brillantes chistes al respecto.

Uno de los poemas sarcásticos de Heine comienza así:

*Zu Berlin im Alten Schlosse
Sehen wir in Stein gemetz,
Wie ein Weib mit einem Rosse
Sodomitisch sich ergotzt.*

“Cincelado en las viejas piedras
De un antiguo castillo de Berlín
Vemos cómo una doncella y su caballo
De la sodomía hacen un festín”

La familia real no ha olvidado todavía estas burlonas imágenes sobre sus ancestros, representadas en la lujuriosa jinete grabada en piedra. ¿Cómo podrían realmente tomárselo en serio? Federico el Grande siempre se congratuló de ello, lo que no le impidió censurar un borrador que Voltaire había comenzado sobre él y sus famosos galgos.

A Federico, además, siempre le divirtió la ilustración del francés para “Pucelle”, que muestra a la virgen Juana de Arco en el momento de entrar en su alcoba acompañada de un asno, después de la conquista de Orleáns. En realidad, Voltaire pretendía representar el amor entre la doncella y la Iglesia Católica, simbolizada en el asno.

Se tiene constancia de esta clase de chanzas desde el siglo XVIII, no ya por parte del pueblo sino de las mismas autoridades que gobernaban a ese pueblo. Los Lores revisaron y reescribieron un viejo juicio a un pobre desgraciado sorprendido en medio de alguna obscenidad con una cabra y condenado a arder en la hoguera. “El ofensor debe arder”, sentenció la Ley. Los astutos Lores transcribieron por su parte: “Que se cumpla la sentencia y la cabra arda”.

Federico el Grande fue un gran amante de los animales con un gran sentido del humor. Cuando un miembro de su caballería fue encontrado haciendo el amor con su yegua hizo colgar a ambos, con un cartel en el que se especificaba el delito: “Por haber querido ser transferidos a la infantería”.

Hoy difícilmente se hubiera informado a sus compañeros del tema.

La práctica de la sodomía y el bestialismo, secretamente florecientes durante la I Guerra Mundial, llegó al punto de generar constantes chistes. Una vaca fue conocida entre los soldados como “La señorita Sargento Mayor en el Este”, y semejante tipo de desposamientos entre soldados y bestias de a cuatro patas se dio en todos los ejércitos implicados en la guerra.

Que es simplemente como las cosas son, y ningún Juez ni ningún clérigo logrará cambiarlas. Todo el mundo ha oído decir que cen-

tauros, faunos y otras bestias mitológicas proceden del ayuntamiento de humanos y otras especies animales. Se acepta sin más y nadie se rasga las vestiduras.

Lo mismo ocurrió con esta aventura - incidentalmente sangrienta- de los once chinos que me dispongo a relatar. Un singular amor al que sería equivocado juzgar severamente por nuestra parte.

Bueno, pues todo empieza con estos once chinos de Chicago.

Pero no, creo que debo empezar de otro modo. Mi amigo Fritz Lange vivía en Chicago. Era dueño de un negocio de lavanderías. En realidad, sería más justo decir que era un tasador de fincas al que le encantaba apostar en las carreras de galgos; pero esa es otra historia.

Solamente en América puede un hombre entregarse con libertad a su vocación: camarerero, friegaplatos, hombre-anuncio, chico de las mudanzas o cualquier otra cosa. Fritz fue extremadamente afortunado y se casó con la hija del propietario de una pequeña lavandería. Comenzó a trabajar allí para aprender cómo se llevaba el negocio, y de ese modo poder seguir manteniéndolo a flote cuando el viejo muriera. Ahora es dueño de una cadena de establecimientos repartidos a lo largo de la ciudad.

Un día acudió a mí presa de la excitación. Necesitaba que le echase una mano con un asunto. Once de sus trabajadores habían sido arrestados. Once chinos, se entiende, ya que los chinos son de largo los mejores y más baratos empleados del gremio que uno puede encontrar en la ciudad. Fritz sabía que yo era la persona adecuada porque casualmente conocía al juez que llevaba el caso.

Se trataba del juez Mc Ginty, con quien yo me reunía dos veces a la semana para jugar al póquer. Ginty era un tipo sociable de gran conversación. Por lo visto se resistía a poner en libertad a los chinos demasiado fácilmente, e iba a ser una tarea complicada convencerlo de ello. Los once individuos habían dado una soberana paliza a un desgraciado rapaz de catorce años, un pillo irlandés de pelo rojo llamado Jackie Murphy.

“¿Por qué hicieron eso?”, le pregunté.

“Sedujo a su novia”, dijo Fritz Lange.

“Mala cosa”, opiné. “El juez Mc Ginty es un buen hijo de Irlanda y es seguro que se inclinará por apoyar al chico antes que a los hermanos amarillos. De todas formas, intentaré hacer algo con ayuda de algunos whiskies”.

“¡Es un asunto delicado!”, se lamentó mi amigo Lange. “¡La novia! Así es como mis chinos la llaman. Pero no es la novia de uno, ¡es

la novia de los oncel. Para ellos no es sólo una novia. En fin, para decírtelo claramente, esta novia no es un ser humano. ¡Es una cerda!” .

“¿Y Jackie la sedujo?”, pregunté.

“Correcto”, asintió mi amigo. “Los chinos apenas necesitan nada para sobrevivir en esta ciudad. Se limitan a ahorrar y ahorrar día tras día y año tras año esperando el momento en que puedan volver a su país con el bolsillo lleno. Sólo hay una cosa a la que no pueden renunciar y es a su necesidad de carne fresca, les da igual la carne de quien sea. Son lúbricos como monos y no pueden evitarlo. Debieron coger parte de sus ahorros y se compraron esta cerda. Desde un punto de vista económico no deja de ser una buena idea, difícilmente encontrarías otra solución más barata”.

“Viven todos hacinados en el sótano de un apartamento - continuó- y la cerda vive allí con ellos. Jackie, que es el hijo del casero, se escondió en algún sitio y pudo ser testigo de esa obscenidad. Luego, cuando mis chinos regresaron a su puesto de trabajo, bajó al sótano y se metió en el corral con la amante. Y con él la cuenta sube a doce. Cuando lo descubrieron los chinos se volvieron locos de celos y apalearon al chaval casi hasta matarlo”.

“¡Por Dios!”, dije. “La cosa no pinta muy bien. ¿Sabe el juez Mc Ginty todo esto?”.

“Por supuesto que lo sabe”, respondió Fritz

Lange. “Su padre hizo que los arrestaran a todos. Se disculparon por su atrocidad y por haber golpeado al chaval, pero cuando se enteraron de que iban a ir a prisión comenzaron a gritar que Jackie también se había acostado con ella. Fue así como el padre se enteró de lo que realmente había pasado”.

“¿Y qué sucedió luego?”.

“La pena mínima según la ley del estado de Illinois es de doce años. Aquí no son tan tolerantes como al otro lado del océano. ¡Perderé a mis mejores empleados!. Pero todavía hay una esperanza. El caso todavía está en manos de la policía, todavía no ha llegado a los juzgados. Siempre he mantenido buenas relaciones con la policía. A ti te necesito para que hagas algo con el juez Mc Ginty”.

Buscó en su maletín y extrajo una piedra, que resultó ser jade imperial de un glorioso color verde, realmente maravilloso de ver, incrustado en turquesa. Su valor llegaría sin duda a unos cuantos cientos de dólares.

“Mira”, me suplicó. “Los tipos me han dado esto. Se trata de algo muy valioso que puede ayudar a sacarlos del aprieto. Llévaselo al juez Mc Ginty, creo que accederá a discutir contigo”.

Así que tomé la piedra y fue a ver a Mc Ginty, pero en ese momento no estaba en su casa. Me recibió su mujer. Era bonita y distinguida a

pesar de sus cincuenta y cuatro años y me hizo objeto de grandes atenciones. Con alegría, le mostré el trozo de jade; sus ojos se abrieron desmesuradamente.

“He recibido esto como un regalo”, dije a media voz. “Me preguntaba si le interesaría a su marido. Actualmente tengo una gran necesidad de unos cientos de dólares”.

En ese momento llegó Mc Ginty.

“¡Cómpralo!”, gritó dirigiéndose a él. “Siempre he querido tener una piedra como esta. No te costará demasiado, sólo”.

El juez cogió la piedra, la observó y luego la dejó encima de la mesa.

“Tenga la amabilidad de acompañarme”, me dijo. “Prefiero que ella no escuche lo que debo decirle”.

Me llevó fuera, ignorando a su esposa que se quedó allí ofreciéndome cincuenta dólares y suplicando con las manos.

“¿De qué va todo esto?”, me preguntó ya en la calle.

“Verá”, dije, “Se trata de estos chinos que fueron arrestados ayer. Mi amigo Lange tiene necesidad de que sus empleados regresen a sus puestos de trabajo. Ayer le entregaron esta piedra para que la vendiese y poder así organizar su defensa”.

Mc Ginty me miró con dureza.

“Ponerlos en libertad no estaría bien”, comenzó. “¿Qué sabe usted exactamente sobre el asunto?”.

“Pues nada especial”, mentí. “Que dieron una paliza a un chico de catorce años”.

“¿Nada más?”, me preguntó el honorable juez.

Hizo un guiño y me dio con el dedo en las costillas.

“Pues no recuerdo nada más del asunto”, me reí.

Él también se rió para sí, y luego continuó. “Bien, compraré la piedra ya que mi mujer la desea con tanto fervor. Pero no puedo darle por ella más de diez dólares. Eso es suficiente para que los chinos organicen eficazmente su defensa. Vaya a ver cuanto antes a Jim Mc Namus, el abogado, usted lo conoce. Déle los diez dólares a él. Espere un minuto.”, sacó otro dólar que unió al montón. “Eso hace un dólar por cada chino. El bribón de Murphy deberá encargarse de la defensa de su hijo, ya que es irlandés. No se preocupe, no protestará”.

“Dígale a Mc Namus que esté en el juzgado a las seis en punto de esta tarde -añadió- para

que así podamos librarnos de este asunto de una vez. Ahora, por favor, discúlpeme. Voy a ver a darle a mi mujer esta bagatela que tanta ilusión le ha hecho”.

El juez Mc Ginty sabía lo que estaba haciendo. Esa tarde fui al juzgado de lo penal. Un policía me puso al corriente: los once chinos habían dado una paliza al joven Murphy. El chaval no declaró nada. Los chinos no declararon nada. La defensa solicitó una sentencia leve.

El juez Mc Ginty ordenó que cada uno pagara un dólar al Estado y otro más por daños al padre del joven. Fritz Lange inmediatamente pagó los veintidós dólares y además otros veinticinco por los costes del procedimiento. Todo el mundo se fue a casa contento. El asunto no llevó más de cinco minutos de reloj.

Un semana más tarde, Fritz me detuvo en la calle. Me rogó que fuera con él a ver a los chinos, querían darme las gracias. De modo que fui. Bajamos al sótano, estaban los once y también se encontraba allí el pequeño bribón pelirrojo de Murphy.

Fueron muy corteses conmigo, ofreciéndome Saki y un poco de arroz. Entonces comenzó el festín: salchichas de cerdo.

Habían prometido que no volverían a hacerlo; así que mataron a la cerda, la descuartiza-

ron y ahora se la estaban comiendo con envidiable apetito.

Me tengo por un tipo escaso de prejuicios y moderadamente abierto de mente. Y tampoco soy un experto culinario. Pero debo admitir que aquello fue un poquito demasiado para mí.

